

Mis años en la UNED

Cuando entré en la UNED por primera vez fue en el PRONEP EGB. Este era un programa de formación del profesorado y yo, que había hecho mis primeras oposiciones como profesora de EGB, me daba cuenta de la enorme importancia de mejorar la formación de los profesores en nuestro país y, con la ignorancia de la juventud, pensaba que sabía de lo que hablaba. Al volver de Australia, donde estuve cinco años, tuve mi segundo hijo e hice un master, volví a España e intenté volver a la UNED, pero no gané el concurso porque no tenía aun el doctorado. Así que primero trabajé para el Ministerio de Educación español en la reforma educativa donde me contrataron para diseñar una reforma de los contenidos educativos de inglés para la enseñanza obligatoria. Y de ahí fui al recién creado departamento de Filología Inglesa de la Autónoma de Madrid, donde saqué una plaza de asociada y después de leer la tesis y de diez años en la UAM, volví a intentarlo de nuevo en la UNED. Pero esta vez yo ya era una flamante doctora y entonces sí que gané la plaza en el también recién creado departamento de Filologías Extranjeras y sus Lingüísticas de la UNED.

La verdad es que todo lo mejor que me ha pasado profesionalmente ha tenido que ver con la UNED, donde he estado 18 años hasta mi jubilación. A diferencia de otros muchos departamentos, este departamento y todos sus directores y la UNED en general han sabido apoyar la promoción de su gente y yo conseguí mi sueño de ganar la oposición a profesora titular. Y si no conseguí llegar a más, fue porque, como en otras cosas de mi vida, me faltó y me sigue faltando tiempo para ello.

En mis largas conversaciones sobre lingüística con Ricardo Mairal, entonces también profesor en la Autónoma, aprendí y encajé muchos aspectos y problemas lingüísticos a los que llevaba mucho tiempo dando vueltas. Aunque más joven que yo, él fue en realidad mi mentor y una fuente de inspiración en temas lingüísticos que me interesaban poderosamente.

De los hitos que considero que han sido más interesantes e impactantes para mi carrera investigadora en la UNED, han sido por una parte el apoyo institucional que recibí de la UNED tanto para formar un grupo de investigación consolidado (LEXVIN), como para aprender más de quienes sabían más que yo durante las estancias de investigación en la Universidad de Vaxijö (Suecia), ahora Universidad de Linneus, y en la Universidad de Amberes.

Por otra parte, la supervisión de exámenes de la UNED en los centros penitenciarios supuso para mí un gran reto, fundamentalmente personal, y del que aprendí muchas cosas. Unas mejores que otras. Necesitaba examinar en cárceles porque el trabajo de mi marido estaba fuera de España y necesitábamos tener los fines de semana libres. Como todo el mundo en la UNED sabe, eso no es posible en los centros asociados en los que la supervisión de exámenes en general ocupa uno o los dos fines de semana.

Y el conocer tantas cárceles desde dentro, con su dureza por un lado y con sus posibilidades de formación para los internos por otro, lo viví como una experiencia muy dura y muy claustrofóbica. Alguna de las mil anécdotas que me ocurrieron fue como de una serie de polis de la tele.

En una ocasión pille a un alumno copiando de un libro de texto. El libro tenía el lomo recortado y estaba formado por las hojas del texto sueltas. Le retiré el examen y le recordé que los alumnos de las cárceles son tratados exactamente igual que los de fuera. Y el alumno me miró con una cara de entre superioridad y pena. La pena que yo le debía de dar por pardilla. Yo muy digna terminé de recoger los exámenes y salí del módulo. Al volver para la sesión de tarde yo iba a entrar en el aula y estaba en un espacio en el centro del módulo donde había como una especie de torre de vigilancia desde la que un policía me hizo señas de que subiera. Yo le indique que bajara él. Bajó y me entregó un examen del mismo alumno y me dijo que al llegar a la celda el pobre chico se había dado cuenta de que no había entregado el examen por error y que por eso me lo entregaba a mí él. Para mi perplejidad, añadió que si yo no sabía quién era ese alumno, que era el mejor de todos y me advirtió que tuviera cuidado pues me podían pasar algunas cosas. Yo, aterrada, se lo conté a los compañeros del tribunal y ellos decidieron que no me iban a dejar sola en ningún momento. Y, efectivamente, me estuvieron acompañando y vigilando hasta cuando me fui al aparcamiento de la cárcel a meterme en el coche intentando calmarme un poco. Todos eran muy conscientes de que la amenaza no era una broma. Sin embargo, también aprendí a valorar la lucha por no tirar la toalla de los alumnos de la UNED, internos en los centros penitenciarios. Yo no sé si yo hubiera sido capaz de formarme en esas circunstancias.

Y, curiosamente, fue en la UNED donde aprendí a valorar, ¡ni más ni menos que la enseñanza presencial! Y a ver cómo la UNED, había sabido combinar

los dos mundos de lo virtual y de lo presencial de una forma muy natural. He visto como los centros asociados son pequeños reductos de conocimiento bien gestionados y en los que los alumnos valoran especialmente sus clases presenciales.

Así que la enseñanza presencial, que ahora se está también promocionando desde la UNED, me recuerda a esos chutes de adrenalina al entrar en clase y a esos alumnos respondones que te contestaban a todo y por todo. En cualquiera de sus versiones online y presencial, siempre he sabido que me divertía y que me apasionaba mi profesión. Y la UNED no me ha defraudado.

Así pues ¡Larga vida pues a los que empezáis ahora! Estáis en un buen lugar.

Margarita Goded Rambaud

